8 – Me adentro en el Macizo “des Vosgues” visitando Cleebourg y Lembach. La fortaleza “Four à Chaux en la línea Maginot. El arcano “Château de Fleckenstein” y el circuito boscoso “des Quatre Châteaux”. La solitaria Obersteinbach y la arquitectura de Vauvan en la ciudadela de Bitche.

CLEEBOURG

Conducía desde Wissembourg, adentrándome en el interior de los Vosgos de Norte, por una carretera cubierta de densos bosques de embriagador follaje. Cleebourg brotaba entre el ondulante verde de los valles y los árboles centenarios que subían por la ladera de las colinas hasta perderse de vista. Las viñas estaban abrumadas por el sol y el fulgor de aquella luz empecinada, a la que nada parecía capaz de vencer.

Cleebourg pertenece a esas hermosas localidades agrícolas, pequeñas y bien conservadas, que con sus callejuelas y arquitectura popular dan testimonio de su actividad campesina y del pasado medieval de esta región. El dinamismo de la comuna surge de sus dos principales activos, su agricultura y su viticultura. La protección que ofrece el bosque de abetos, que se asienta en los contrafuertes de los Vosgos, explica la presencia aquí, tan al norte, de un gran viñedo.

Ambos lados de su calle principal estaba salpicada de grandes y características casas, típicas de los pequeños pueblos de montaña. Bellas mansiones de color blanco, entramado con paneles de madera y adornadas con geranios. Sus imponentes techos inclinados permiten que la nieve se deslice. Cada granja estaba rodeada por pequeños jardines, árboles frutales y huertos bien cuidados, los edificios estaban enmarcados por un patio en forma de U o L donde se ubicaban los graneros, cobertizos de herramientas y animales de granja.

Las bodegas eran similares, con una o más puertas, y con la fecha grabada. La base de la piedra de las paredes aparecía perforada con pequeñas aperturas de ventanas que iluminaban los sótanos. El paisaje era una combinación de ricos campos, irrigados por ríos, viñedos y bosque. Y mucho silencio.

LEMBACH

Lucía un magnifico cielo azul, sin nubes y el aire era nítido gracias a la ligera brisa. La carretera me internaba en los Vosgos y conducía fascinado por un paisaje, que resultaba cada vez más agreste y más salvaje. Era embriagador. Aquí la sensación era diferente. Grandes árboles sombríos, que ocultaban los rayos del sol, formaban una cubierta protectora sobre la calzada.

Lembach parecía un pueblo discreto, pero prometedor. La aldea se hallaba disfrutando de la calma reflexiva de este aislado paraje, situado en la confluencia de los ríos de Sauer y Heimbach, rodeado por las densas colinas de los Vosgos y a pocos kilómetros de Alemania. Parecía pertenecer a esos pueblos que se habían consumido en el olvido, aislado y encerrado en una tierra sin recursos industriales o agrarios, y habían sido encontrados antes de que se desvanecieran por completo. Hoy es un buen punto de partida para realizar placidas y sencillas excursiones por los bosques o colinas, y un centro de turismo volcado en sus dos principales activos arquitectónicos e históricos. Ambos militares, pero separados por más 500 años de historia.

A lo largo de sus calles observaba con placer las típicas casonas Alsacianas, blancas y de entramado con sus tejados inclinados. En el centro de la ciudad las casas eran residenciales o dedicadas a oficios, y en el arrabal primaban las granjas tradicionales con huertos y cultivos. Como siempre todo inmaculado. Llevado por la brisa el aroma a campo y flores subía desde los jardines, se inspiraba en toda la aldea e impregnaba todo el ambiente. El murmullo del agua de los ríos se insinuaba por todas partes. El pueblo poseía muchísimas fuentes de pura agua de manantial. En todas había una placa con inscripciones de un poeta local, en la lengua de Alsacia y su traducción al francés.

Era una hora tardía para visitar alguna de las principales atracciones del lugar y dediqué la tarde a pasear por la ciudad y sus campos. A la noche estacioné en un parquin, en el centro de la población, y al lado del río. Estuve leyendo, bajo el alumbrado publico, sentado próximo a una de sus fuentes.

En el s.13 la familia Ettendorf controlaba Lembach. En 1327 la familia Fleckenstein tomó posesión de la ciudad hasta la Revolución Francesa. A lo largo de este periodo la vida económica y religiosa del pueblo estuvo controlada por esta gran familia feudal. Al día siguiente visitaría su fortaleza. La ciudad vivió momentos de prosperidad y pobreza. Entre 1930 y 1935 la construcción de la obra de la Línea Maginot, “Le Four à Chaux”, marcó el último gran periodo de prosperidad económica.

FOUR À CHAUX

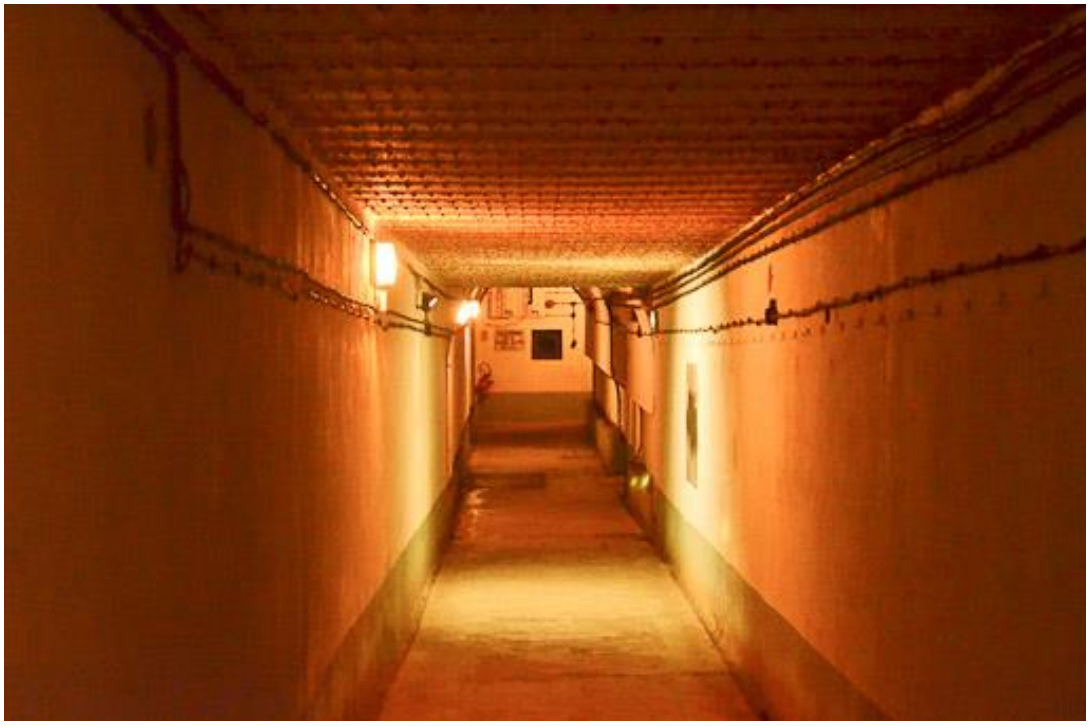
Había reinado una noche tierna, sin una nube. El silencio había dominado al pueblo y el amanecer era otro día precioso. No me cansaba de pensar que aquel rincón de Francia era extraordinario. El “Four à Chaux”, el gran orgullo de Lembach, levantaba su entrada oculta y protegida por una foresta que albergaba altos pinos desmadejados por el tiempo.

Solo eran visibles dos construcciones de hormigón, con gruesas puertas de acero y cañoneras que protegían las entradas. Una de las entradas era para las municiones y provisiones, la otra para las tropas. La taquilla se encontraba en la primera y el acceso al interior en la segunda, en una posición apartada y más elevada.

El interior era el de una estrecha galería abovedada de color monocromo. Solo contaba con la iluminación mortecina de lámparas situadas espaciadamente y el aire despedía un olor extraño, metálico, impregnado de la exhalación de las antiguas maquinarias que había mantenido autónoma esta fortaleza. En conjunto el lugar producía cierta claustrofobia, sin ventanas y con la austera luz artificial.

En su interior el corredor se encontraba protegido por artillería, como recurso a una intrusión del enemigo. Seguido aparecía una larga galería, no se veía el fondo. Imperaba un silencio total, el único ruido que se percibía era el de los zapatos del grupo de visitantes y los comentarios del guía. Pero en mi imaginación resonaban las mil voces de soldados que dejaron tras de sí, como ecos espectrales, que reverberaban sin cesar en el techo abovedado de este infinito túnel.

La primera sala era la destinada para la descontaminación, en caso de entrada de soldados con contaminación química. Inmediatamente, y como para desmoralizar al más valiente, se hallaba la sala destinada a la morgue. El corredor se alargaba sin fin, a un lado se veía la maquinaria destinada a la ventilación y purificación del aire interior, seguido de las cocinas y almacenes. Pequeños dormitorios saturados de literas, enfermerías y sala de operaciones.



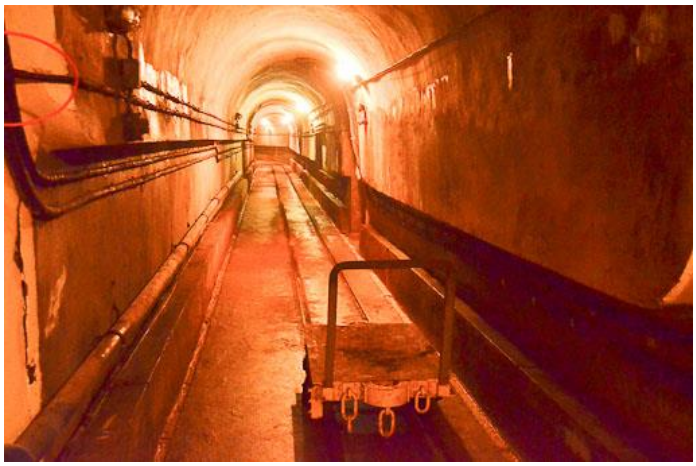
Todo el conjunto “residencial” y logístico me parecía pequeño, incomodo, claustrofóbico y sin ninguna comodidad o lugar para el esparcimiento. Tampoco parecía haber sitio suficiente para los 600 hombres de la dotación, la comida y el descanso se realizarían por turnos. El olor en su interior debía de ser viciado y fétido. El conjunto me resultaba similar al fuerte “Douaumont” de Verdun, construido en 1912. El que ahora visitaba era más cómodo y moderno, pero con el mismo objetivo táctico obsoleto.

La larga galería se bifurcaba en corredores que conducían a los diferentes bloques de combate, túneles que a su vez se dividían en los que llevaban a diferentes puestos de artillería. En conjunto, daba la impresión de estar concebido de un modo bastante laberintico. Éramos conducidos por el guía a través de un dédalo de pasillos y una retahíla de estancias, donde la iluminación que acariciaba las paredes les confería un aspecto fantasmagórico.

Pasados el puesto de la comandancia, la sala de comunicaciones y más galerías, llegamos al polvorín, donde los proyectiles de depositaban en grandes canastas de hierro. Unos railes en el techo de las galerías permitían distribuir estas canastas por los diferentes puestos de artillería. Por una escalera accedíamos a uno de estos puestos de artillería, el ascensor anexo era para subir los proyectiles.

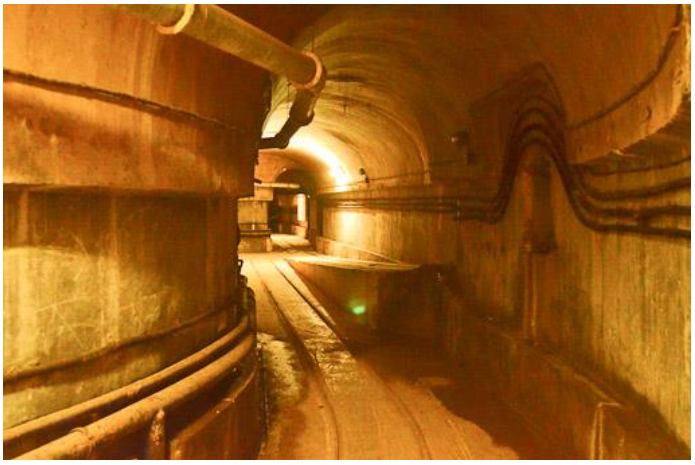
INFIRMERIE

SALLE O.P.
O.P. RAUM



OBSERVATOIRE N°

OBSERVATOIRE N°
Numéro
Nature
Gisement
Distance
Front
Profondeur

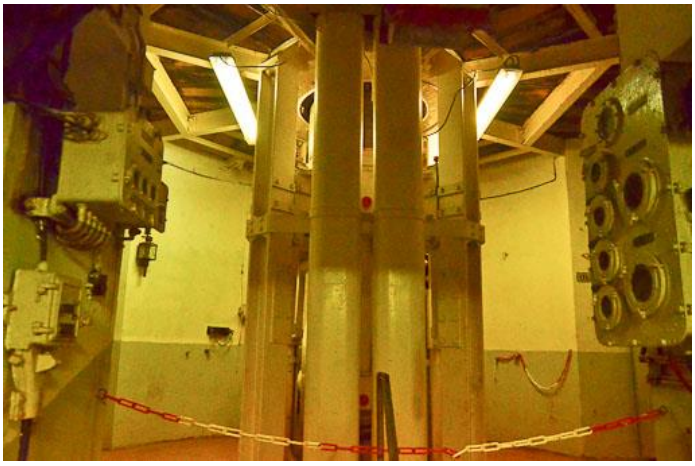


El guía nos informó de la función de una rampa helicoidal, por la que caían las vainas vacías de los proyectiles, y seguido veíamos el sistema hidráulico y dentado de las ruedas de desplazamiento y giro de la torreta de artillería, así como su elevación y ocultación en el terreno. A través de un monitor de televisión podíamos ver el movimiento de la torre de artillería. El guía maniobró sobre las diferentes palancas y manivelas, que movían la torreta, para que pudiéramos comprender el funcionamiento. Adjunto a los puestos de artillería se hallaban espacios destinados al descanso de los artilleros.

Más caminos serpenteantes, escaleras y pasillos comunicaban de forma desconcertante las diferentes salas de comunicaciones del puesto de artillería con la comandancia. El elevador de las municiones ascendía por un plano inclinado, que procedía de la entrada, la cual se hallaba en un plano inferior.

Por último se hallaba un pequeño museo de armamento, uniformes, fotografías y objetos personales de la tropa. Seguido estaba la central eléctrica, un gran motor diesel ubicado lejos de las dependencias de descanso. Motor que junto a otros, dotaba de vida autónoma a la fortaleza.

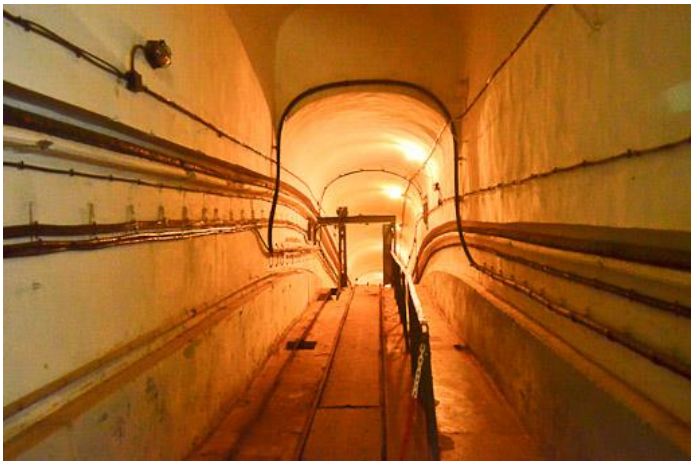
VISITE - VIS
FÜHRUN

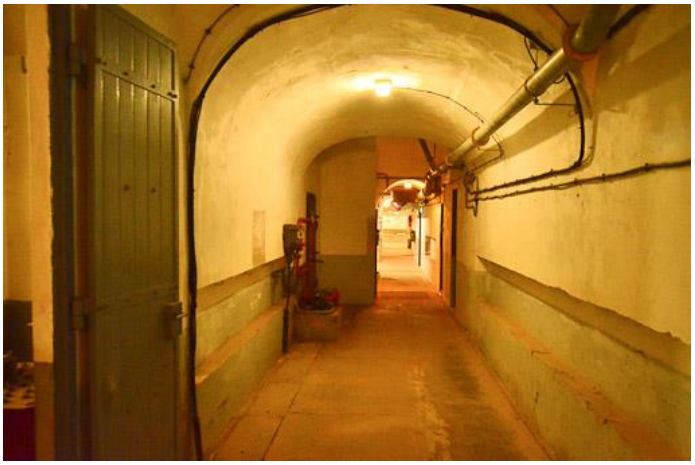


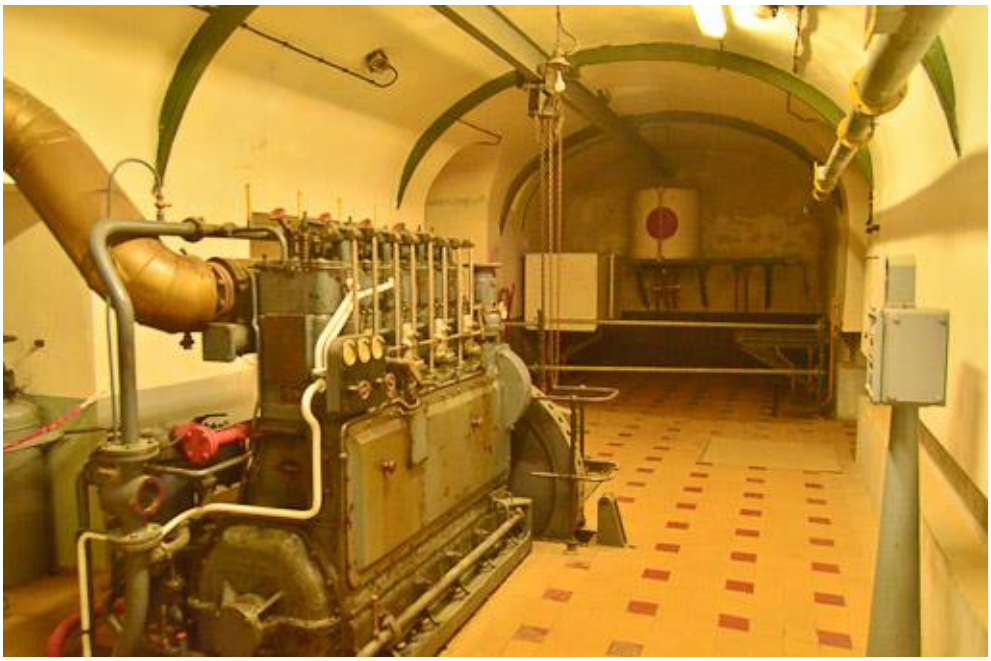
Al salir, el impacto del sol me provocó una inmediata sensación de bienestar y desahogo por la brisa que recibí a modo de obsequio. El interior era frio y rancio. El recorrido había durado 1h y 45 min. Deseaba subir a la montaña y pasear por el exterior del fuerte a la luz del sol. Quería ver la panorámica que se divisaba desde este lugar estratégico, contemplar Lembach y la frontera con Alemania, que se hallaba a poco más de 6 km. Pero el lugar era zona militar y estaba prohibido. Parece como si los actuales estrategas franceses llevasen, desde entonces, resucitando el fiasco de estas instalaciones y repitiendo diferentes tácticas y estrategias…en busca de un resultado diferente.

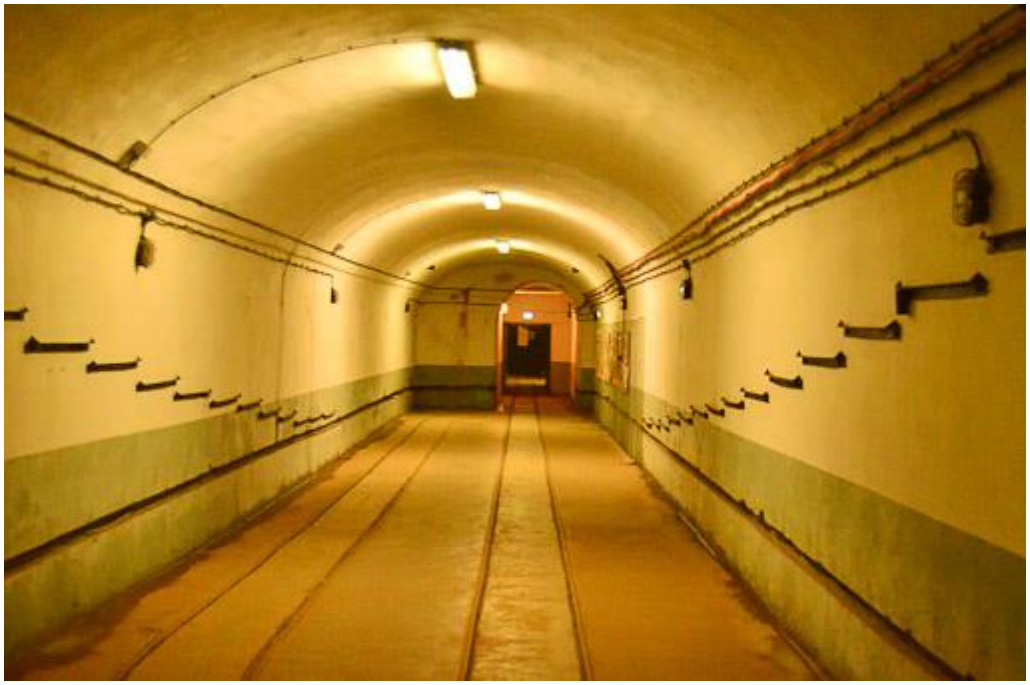
La Linea Maginot, el primer gran fracaso de la Segunda Guerra Mundial, fue construida entre 1930 y 1940. Esta defensa había sido una idea del ministro de la Guerra André Maginot. Resultó increíblemente cara, ya que se extendía por toda la frontera franco-alemana. Constaba, entre otras obras, de 108 fuertes repartidos en 750 km de fronteras y, al ponerse a prueba en 1940, resultó totalmente inútil. Los alemanes penetraron en Francia por Bélgica.

Four à Chaux fue construido entre 1930 y 1935 y cubre un área de 26 hectáreas con 6 bloques de combate y artillería, más 4,5 km de galerías subterráneas, unos 30 metros de profundidad y con una dotación de unos 600 soldados.









Después de la llamada “guerra de broma”, por la inacción de ambos contendientes durante 1939, desde primeros de Enero de 1940 la artillería del fuerte disparó contra aldeas alemanas, posiciones militares y fábricas, al otro lado de la frontera.

En Junio se dan los principales combates. El 19 junio una ofensiva alemana logra apoderarse de parte del territorio y de la ciudad de Lembach, al tiempo que la fortaleza es atacada por la fuerza aérea alemana, provocando daños en alguno de los bloques. “Four à Chaux” tenía un error de diseño, la falta de defensa antiaérea. Los soldados permanecieron en la fortaleza hasta el 1 de julio de 1940, cuando estos regimientos se vieron obligados a rendirse por orden del alto mando francés. Persistieron en la fortaleza 6 días más, después del Armisticio. Los alemanes penetraron en ella el 24 de agosto.

Los principales daños se produjeron estando ya en manos alemanas. El lugar se utilizó como pruebas para un gas explosivo, que destruyeron el Bloque 1 (continua hoy con la galería derrumbada). Parte de sus instalaciones se llevaron para reutilizarlas en la muralla del atlántico, en la retirada sabotearon los dispositivos interiores y volaron la planta eléctrica. La fortaleza fue restaurada en las décadas de 1950 y 1960 por los militares.

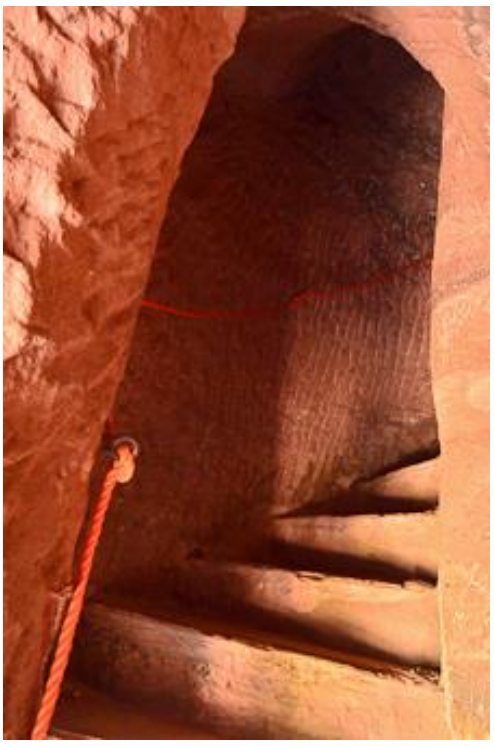
CHÂTEAU DE FLECKENSTEIN

La luminosidad de afuera era maravillosa. Hubiese dicho que el cielo se bañaba en un aire renovado, puro y transparente. La carretera, que me llevaba al “Château de Fleckenstein”, atravesaba Lembach y en una revuelta de la carretera tomé un accidentado camino, que llevaba al parquin de visita a las ruinas del castillo. Tan solo un puñado de kilómetros separaban 9 siglos de historia. Como en una máquina del tiempo, en pocos minutos retrocedí de 1940 al siglo XII.

El modo en que el castillo se encontraba incrustado y elevado en la roca, era sin duda espectacular. Era un paisaje mágico. La fortificación, en gran parte troglodita, aparecía entrelazada en una roca de dimensiones espectaculares y la masa imponente, a mi lado, daba la impresión de encontrarme ante un acantilado. En sus paredes rocosas aparecían estructuras claramente realizadas por el hombre.

Traspasé la entrada fortificada a paso tranquilo, siempre mirando hacia arriba, y avancé por el serpenteante camino del antiguo patio de armas, que discurría al pie de la roca principal. Sobre la pared desnuda del acantilado aparecía adosada una magnifica torre cuadrada de estilo gótico. Una de las pocas estructuras de sillería que se conservaban completas. Al final de la roca, y separada de esta, se elevaba un pitón de roca natural convertido en torre. El acceso a su plataforma se realizaba por una escalera circular, excavada en su interior de forma prodigiosa. Empecé a subir agarrándome a las paredes, y con la agilidad de un borracho, ascendí por la escalera helicoidal hasta alcanzar la plataforma de observación.

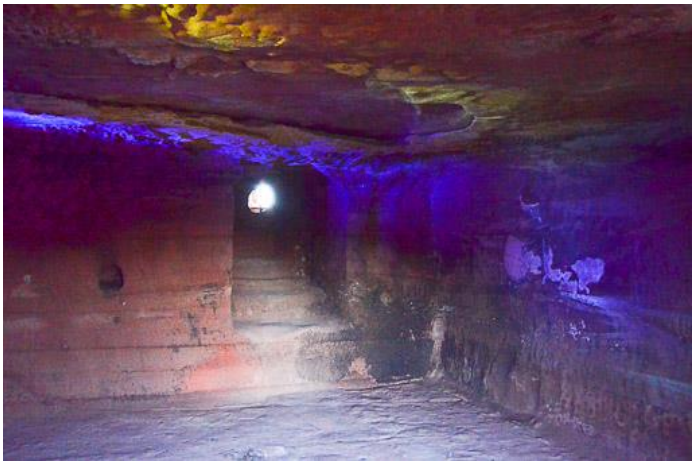
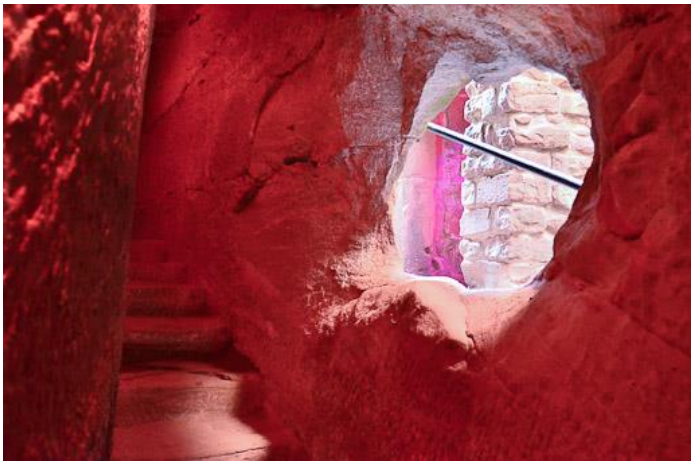
El lugar era ideal y perfecto para apreciar la belleza asombrosa del paisaje, desde la mejor de las perspectivas. La roca del castillo se alzaba sobre mí, a poca distancia, como la proa de un buque y con aspecto de ciudadela verdaderamente inexpugnable. La destacada situación permitía observar una hermosa vista del valle de Sauer y los vastos bosques de esta parte de los Vosgos. El descenso en la oscuridad, bajando por unas escaleras tortuosas, no fue menos fácil que la subida.

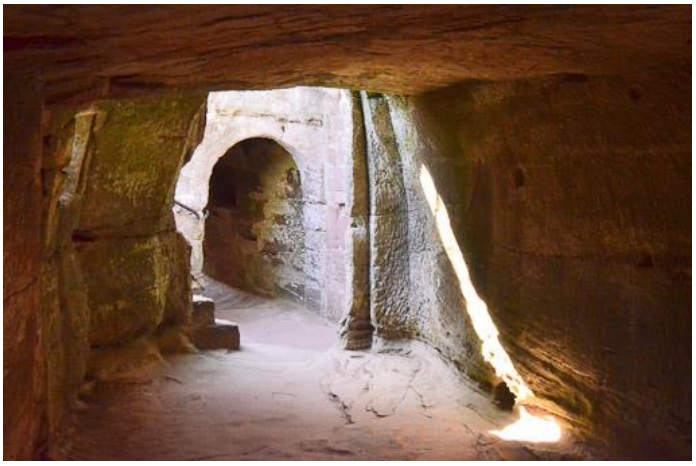


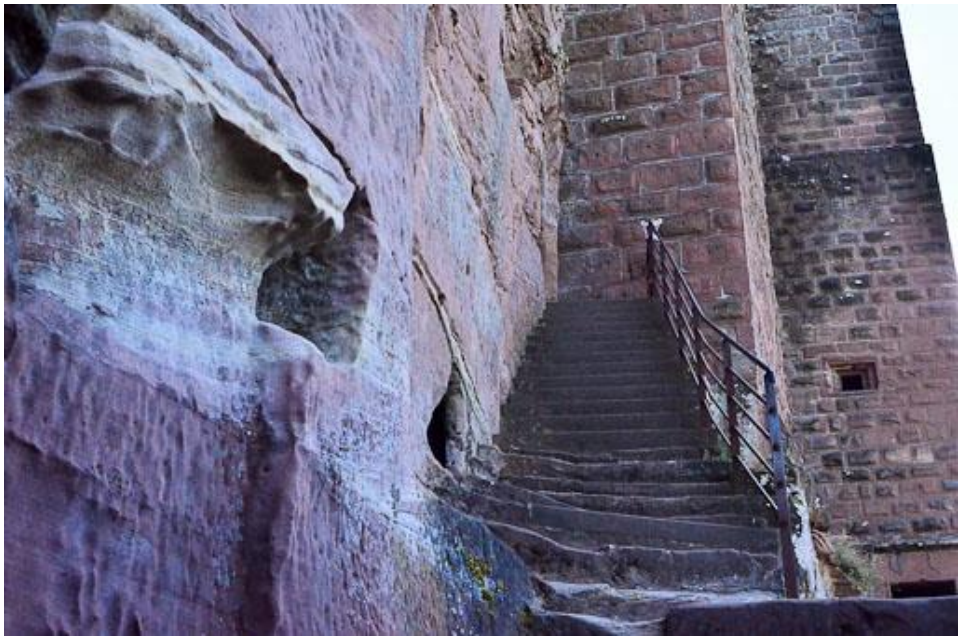
La entrada al castillo se hacía atravesando una pasarela para llegar a la puerta. Me introduje en aquellas tripas de piedra por corredores serpenteantes, escaleras resbaladizas por la erosión del tiempo y pasillos que comunicaban de forma desconcertante pozos, cisternas y numerosas salas troglodítas. Aquí empezaba un confuso recorrido. Las sucesivas etapas de construcción habían concebido el lugar de un modo bastante laberintico y las numerosas escaleras interiores, muchas con peldaños tallados en el interior de la roca, subían paralelas a otras…pero conducían a salas diferentes. Después de subir por una escalera, a visitar una cámara tallada en la roca, había que bajar por otra escalera para visitar la inferior.

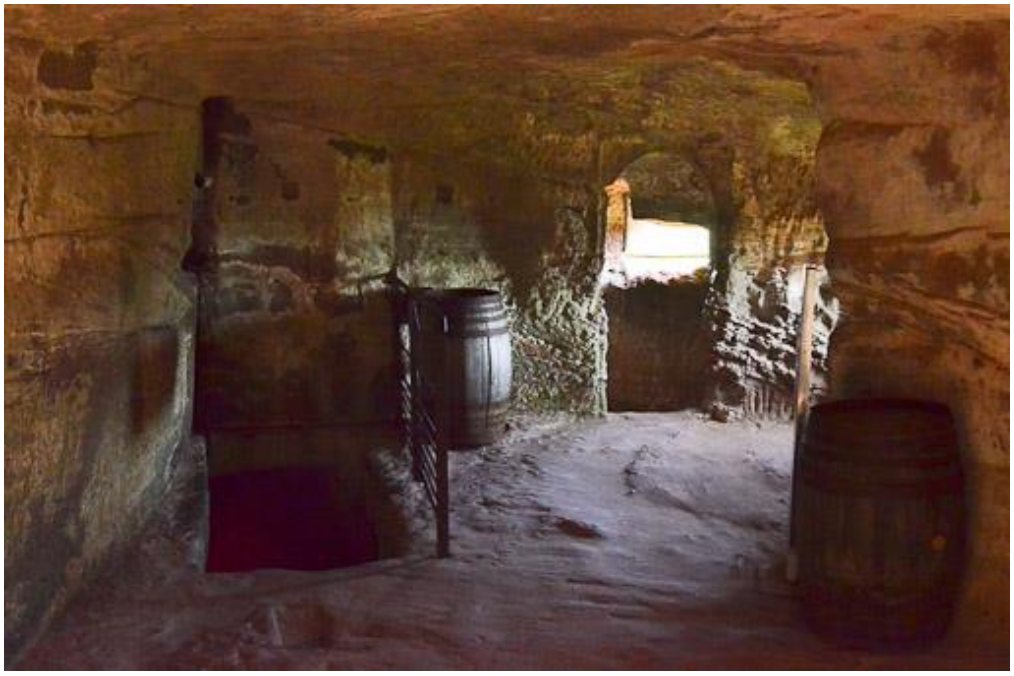
Avanzaba a traspiés hacia las profundidades, como si atravesara portales mágicos, por escalones de piedra que llevaban a unos pasillos angostos en el que solo cabía una persona. Las salas del castillo eran grutas de granito desnudo, el ambiente era oscuro he iluminado solo por la luz de pequeños agujeros en la roca, algunas ni eso y unas pocas luces exangües iluminaban los muros. Destacaba la sala de los caballeros con su gran pilar monolítico.

El lugar tenía una magnifica puesta en escena, salvaje y natural. Cavidades de piedra de suelo rocoso, oscuros pasadizos, paredes desnudas y unos pocos objetos. Era un gran lugar para pasear ejercitando la facultad más importante de un viajero, la imaginación.







Sobre la gran plataforma superior, donde antiguamente se levantaba el edificio señorial, había una vista magnifica de colinas flanqueadas por vasta llanuras. El horizonte resultaba mucho más pintoresco ya que la vegetación frondosa creaba una panorámica impresionante, estaba fascinado y era embriagador. Una extensión fabulosa de bosques, que refulgían como una fuente de luz etérea y se perdían en el horizonte.
Descendí por bocas sombrías de oscuros pasadizos, donde a intervalos regulares unas pocas luces difundían una iluminación, apenas suficiente para evitar caer por las escaleras. Abandoné el lugar para iniciar la ruta de los cuatro castillos. Una ruta de montaña que me llevaría a visitar otros tres castillos.

El castillo de Fleckenstein se menciona por primera vez en 1174, cuando Gottfried de Fleckenstein era miembro del séquito de Federico Barbarroja, emperador de Sacro Imperio Romano-Germánico. Este castillo fue el hogar, durante cuatro siglos, de la familia Fleckenstein. Familia de las más influyentes de la baja Alsacia. El castillo, potente e impresionante, nació como enclave fronterizo junto a otros, que luego visitare, y se erigió como centinela defensiva de los castillos del Sacro Imperio. Resistió durante cuatro siglos de luchas fronterizas y finalmente, durante la guerra de los treinta años, fue abatido por los ejércitos franceses de Luis XIV. En vez de reutilizarlo, lo volaron con pólvora.

CIRCUITO “DES QUATRE CHÂTEAUX”

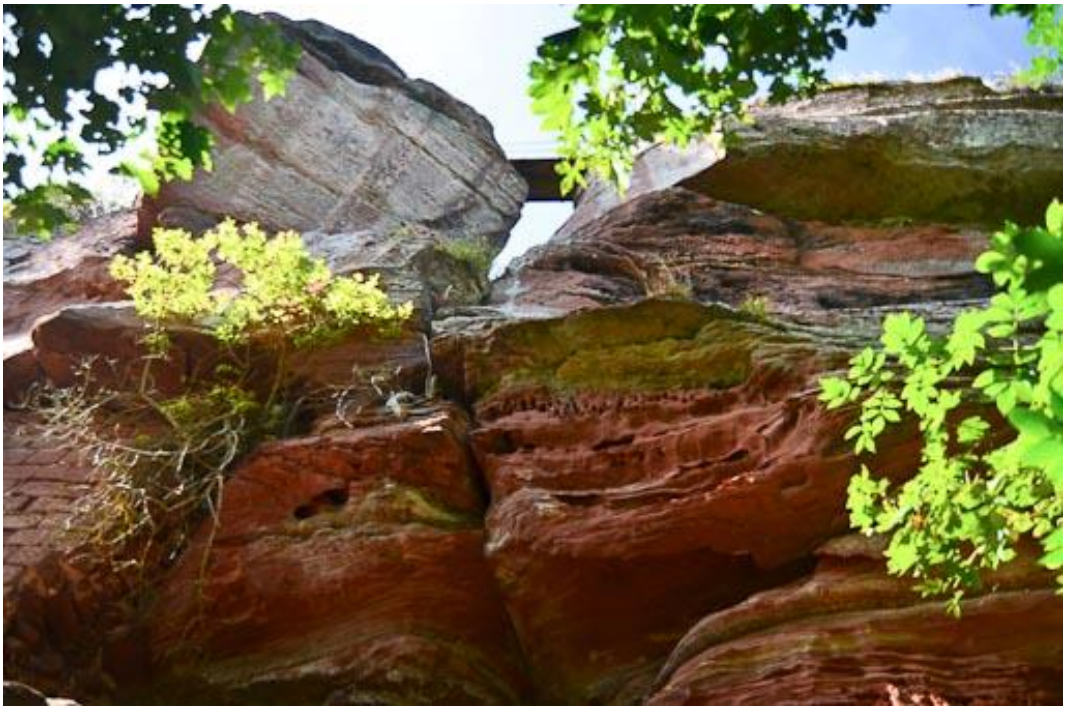
El circuito “des quatre châteaux” comenzaba desde Fleckenstein. Enfilando un sendero balizado, dejando a mis espaldas Fleckenstein y sin apartar la vista de la arboleda, emprendí el escarpado ascenso por la colina. Desde ahí arriba la vista del “Châteaux de Fleckenstein” era magnifica, se contemplaba toda su magnificencia sobre aquella indómita roca.

Ya en la cresta me encontré en un sendero de tierra que continuaba empinado, entre la maleza y los árboles, hacia la parte más alta de la cordillera. Reinaba una humedad enmohecida. El suelo, los árboles, las rocas, todo parecía envuelto por ella y la temperatura era agradable, gracias a la suave brisa. Imperaba un silencio total, el único ruido que se percibía en las verdes colinas, era el de las piedras desplazadas por mis pasos.

Sobre mí había un tapiz de hojas verdes intenso de árboles altos, poderosos y desgreñados por el viento y rodeado por una hierba arbustiva de intenso color. Caminaba ente magnificas formaciones de arenisca de color rojo que a mi alrededor habían adoptado, esa tarde de brillante sol, un encendido color escarlata.

Muy pronto me encontré ante una de las primeras edificaciones, como una aparición sobrenatural, con una magnifica puesta en escena. En la cima de dos rocas, unidas por una pasarela, se conservaban los restos ruinosos de unas edificaciones que recordaban míticas arquitecturas en una mezcla ordenada. Era el castillo de Loewenstein. Un tosco relieve labrado en roca. El viento y la lluvia lo habían erosionado.

La empinada escalera, que conducía a la plataforma, convertía el ascenso en una pequeña escalada. Mirando el paisaje en silencio, tuve la impresión de que el cielo y la inmensidad del bosque cerrado sólo me pertenecieran a mí. En lo alto dominaba el inmenso cielo azul y su intensa luminosidad. El castillo de Loewenstein fue construido en el s. 13 y destruido en 1386.



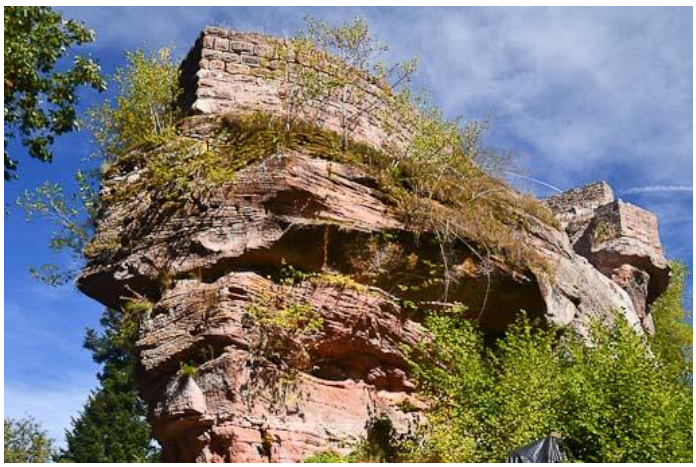
La senda continuaba entre bosques. Cuanto más caminaba más maravilloso se volvía el mundo y en ese momento, en la soledad de aquellos bosques desconocidos, me sentí privilegiado. El Castillo de Hohenbourg se erguía desde el corazón del bosque, tal y como había sido la intención de quien lo ideó.

Este castillo estaba más indemne y se podía admirar en su totalidad. Uno de los castillos más imponentes de esta solitaria región. Un camino serpenteante llevaba al castillo, que partiendo desde el fondo del bosque y pasando por una pequeña puerta y la barbacana, desaparecía por detrás de la muralla.

Desde la parte superior se tenía una visión insuperable y allá al fondo, oculta por un millón de árboles, se hallaba Alemania. El aire estaba impregnado de un olor a salvia y me pareció el aire más delicioso que había aspirado en toda la vida, era la satisfacción de descubrir lo desconocido. Hohenbourg fue construido a principios del s.13 por una antigua línea alsaciana de los nobles de Puller. Propiedad de los señores de Sickingen en el s.15 y destruido en 1690.

Subiendo por la cresta fronteriza, que llevaba al castillo de Wegelngurg, tenía la sensación de seguir una secular vía de desconfianza y conflicto, en vigilancia continua, siempre esperando la llegada de un lejano enemigo. La foresta se abrió y en el paisaje se divisaba aquella característica misteriosa, propia de esas piedras tan extrañas, y las sólidas paredes del viejo castillo parecían derrumbarse bajo el abrazo de las enredaderas serpenteantes que lo iban destruyendo piedra a piedra.

El castillo estaba rodeado de andamios, unos operarios estaban trabajando añadiendo piedras y sujetando otras. Pregunté por el acceso al castillo y en la respuesta solo descifré un “verboten”. Había penetrado en Alemania, en la región del Palatinado. Wegelngurg era un castillo imperial del s.12 a 13 y fue arrasado en 1680. El regreso lo hice por una pista forestal que circulaba paralela y próxima al valle. Todo el recorrido me había llevado tres horas. Arribé al mismo parquin del castillo de Fleckenstein.



OBERSTEINBACH

Cuando llegué al parquin era media tarde. El tiempo había avanzado rápidamente este día. Otro día que parecía absorto en una perspectiva ensoñación. Ya en camino, y conforme avanzaba, el paisaje se volvía cada vez más solitario, silvestre y contemplaba, desde la delgada carretera, el profundo valle que acanalaba el paisaje. Saliendo de los bosques, al principio encontré algunas casas que bordeaban el camino y poco después llegué a Obersteinbach.

Un sol radiante brillaba sobre las colinas que dominaban las casas, que agrupadas a sus pies, se desperdigaban a lo largo de la carretera. Aunque estaba en la calle principal, en realidad la única calle ya que la población carecía de un centro, no había nada de tráfico y ningún viandante recorría las aceras. Por otra parte el silencio era total. Deslicé la mirada por las casas soleadas que cercaban la carretera, sus jardines, los prados silvestres y las rocas. Los restos de castillos, que refulgían en lo alto del valle, con tonos rojos bajo el sol de la tarde y contemplé el bosque que yacía en calma, majestuoso, bajo el cielo azul.

La aldea se halla entre la frontera alemana y Lorena en un paisaje de extensos bosques de hayas y pinos. La pintoresca villa tenía numerosas casas entramadas y con una base de piedra de granito rojo. Estaba dominada, en las alturas, por rocas talladas por la erosión y reforzada por castillos, hoy en ruinas. Fue una de las principales rutas de la alta edad media y sus fortalezas formaban el anillo de defensas que protegían la ciudad imperial de Haguenau, a finales del s.12.

Esta zona sufrió mil años de conflictos después del desmembramiento del imperio Carolingio. Revueltas campesinas contra los nobles, nobles contra los reyes, reyes contra emperadores. Las invasiones hacia Francia pasaban por aquí, los prusianos en el s.19, los soldados del emperador Alemán Guillermo en la Gran Guerra, y una contraofensiva del Reich en la Segunda.

Caía la tarde, el siguiente destino se encontraba al sur de las colinas y bosques de los Vosgos, unas carreteras pequeñas y retorcidas me separaban del “Château de Falkenstein”. En Obersteinbach no había un parquin público, donde estacionar y pasar la noche. Tenía dos opciones, retroceder a Lembach o continuar a Bitche, que disponía de un área de AC. Opté por Bitche y de paso visitar su ciudadela.

BITCHE

La carretera continuaba sobre un paisaje similar. Por el camino marchaban tropas de soldados (aun con la paz europea y el nacimiento de la UE, parece prolongarse el antiguo recelo sobre sus vecinos) y llegué a Bitche. El sol de la tarde iluminaba de rojo un fragmento de la ciudadela y ensuciaba de sombras negras la reversa.

El Área de Autocaravanas era magnifica, al lado de la ciudadela, en lo alto y con una vista diáfana alrededor. Los espacios delimitados eran amplios, también había enfrente un gran prado nivelado donde se podía estacionar. Había caminado mucho ese día y el descanso nocturno fue reparador.

Al día siguiente el refulgente sol volvía a elevarse hacia el inmaculado cielo azul marino. Parecía que tendría otro día diáfano. Todos los días, a la mañana, consultaba la “MeteoFrance” para ver el pronóstico. Lamentablemente este sería el último día luminoso. Al siguiente el tiempo iba a ser confuso, cambiante y nuboso. Me aproximaba a esa maldita fecha que señalaba el regreso a la monótona realidad, al cabo de pocos días perdería el privilegio de esta libertad y volvería al trabajo.

Tenía planificada una ruta que deseaba completar, en el poco tiempo que me quedaba, y quizás con una meteorología confusa y poco esplendente. Decidí abandonar la visita al interior de la ciudadela y dar un paseo por sus murallas exteriores. Necesitaba aprovechar el día soleado para recorrer los próximos parajes que trascurrían entre bosques y naturaleza.

Tomando la salida del Área de autocaravanas llegué rápidamente a los límites de la fortificación, un cerro de paredes verticales como murallas y con una cima plana. Sobre dicha cima se levantaba la ciudadela erizada de bastiones que formaban ramas de una estrella gigantesca. Recorrí un fabuloso camino que discurría junto a las murallas.

La ciudadela de Bitche es una obra maestra del arte militar, diseñada por Vauban en el s.17. Vauban, ingeniero militar de Luis IV, sembró la geografía francesa de este tipo de nuevas fortalezas. Diseñada como una ciudad subterránea, predecesora de la Línea Maginot, incluía cocinas, capillas, dormitorios y una enfermería. Podía acoger a 1000 hombres en una extensión de 3000 metros cuadrados de galerías profundas.

Su diseño incorporaba cuatro baluartes, colocados en las esquinas del cuerpo central, y dos fortalezas separadas en ambos extremos, bastiones de infantería, arsenales, artillería, defensas en la entrada con dos puentes levadizos y estructuras avanzadas. La obra fue modernizada en 1741.

La hazaña más gloriosa de Bitche se desarrolló en la guerra franco-prusiana de 1870. Sitiada durante 230 días la Ciudadela resistió la embestida de un ejército de 7.000 alemanes. Después del armisticio del 18 de enero de 1871 (por la derrota de Napoleón III y su captura con todo el ejército), mantuvo una defensa implacable hasta el 27 de marzo de 1871. Posteriormente una guarnición prusiana tomó posesión de la plaza hasta 1918, cuando Bitche regresó a Francia con el armisticio.

Durante la Primera Guerra Mundial no tuvo que sufrir hostilidades, pero en la Segunda Guerra Mundial los bombardeos aliados la dañaron seriamente. Posteriormente, después de 1945, se abandonó como cuartel militar.